

DESPUES de muchos siglos de actividad ininterrumpida, al machuco de Belmonte le ha llegado la hora del reconocimiento oficial, que es como si le acabaran de imponer la primera condecoración; como si le hubieran otorgado certificado de perpetuidad para la historia. Aunque el viejo machuco de Belmonte había llegado hasta hoy desde el fondo del tiempo, con su maquinaria del esplendor industrial romano, con sus viejas paredes de piedra llenas de sudor de generaciones de ferreros, de polvo de incontables jornadas de trabajo; de horas ganadas a la oscuridad de la noche para sacarle al hierro el salario de tantas familias. Al machuco de Belmonte le van a colocar un gran cartel que lo anuncie para los curiosos, para los interesados, para los turistas; un cartel que diga que en un día muy reciente, muchos siglos después, la mano de la burocracia, al fin, lo ha rescatado del olvido para dar fe de su existencia...

Un día de este junio reciente, Gerardo y Ramón Hevia recibieron en su casa de Belmonte una carta con membrete del Ministerio de Cultura y sin duda la abrieron sorprendidos, tal vez incrédulos. Era una carta redactada en la fría jerga oficial... «Vista la propuesta formulada por la Dirección General de Bellas Artes... este Ministerio ha resuelto declarar monumento histórico-artístico de interés provincial la fragua romana El Machuco, de Belmonte de Miranda»...

Es el mismo machuco del que Jovellanos habla en sus diarios, cuando el viernes 20 de junio de 1792 escribe que en Belmonte... «más adelante se halla un buen machuco movido por las aguas del río o arroyo Pascual, que baja del monte Unombre, por la derecha, y sirve para tirar el hierro para varios usos... Los herreros del país pagan al llevador (el dueño es José Peláez, forista de Belmonte) seis ducados cada año por el uso de él para sus obras poniendo ellos el carbón y trabajo, y aun concurriendo a quiebras menores».

Desde que Ramón y Gerardo Hevia tienen memoria, que es la memoria de su padre, fallecido hace doce años, de su abuelo y de su bisabuelo, «este machuco ha pertenecido a nuestra familia y todos hemos vivido de su trabajo». Pero estos dos hermanos artesanos del hierro no tienen hijos que puedan continuar la tradición familiar, y puede que mañana el machuco quede únicamente como monumento para cumplir con fidelidad el contenido del papel que acaba de llegarles del Ministerio de Cultura.

El mazo —machuco le llaman en Belmonte— es la única máquina superviviente de una floreciente industria del hierro que tenía en el agua la fuerza motriz y en el fuego la capacidad para transformar el hierro en barras que se obtenía en la herrerías, antecedentes de la moderna siderurgia.

—Ahora el hierro en barras lo producen los altos hornos y lo compramos en Avilés o en Oviedo.

Este es el único mazo o machuco que en la actualidad funciona en Asturias y que da trabajo a dos artesanos que viven de la elaboración de múltiples piezas que trabajan con amor, con verdadera vocación, porque en nuestra sociedad, en la que la tecnología ha logrado cotas increíbles hace sólo un par de decenios, hace falta verdadera vocación para mantener abierta esta industria elemental y vivir en ella.

—Hay otros en Vegadeo, en Taramundi y en varios pueblos del occidente asturiano, y aunque intentan poner en marcha algunos de ellos, todavía no lo han conseguido. Sólo el nuestro se mantiene activo. Nuestra generación no hizo aquí más que artesanía y herramientas de campo, que vendemos directamente a los labradores.

La visita de Jovellanos

La puerta de acceso al machuco es baja de estatura y estrecha. Debió ser la misma, en su estilo, que aquella que cruzó Jovellanos cuando llegó hasta Belmonte aquel 20 de junio de 1792, viernes. Sobre su escaso frente lucen dos inscripciones que le dan solera, que son su título nobiliario, su pergamino... «fragua romana, visitada por Jovellanos en el siglo XVIII». Y lo repite Ramón, mientras trabaja una pieza en el yunque que mañana mismo será el estribo para una montura, que se llevará un turista de Madrid o de Bruselas cualquier día.

—Sí, mire usted, en ese banco, bueno, o en el que había en su mismo lugar, estuvo sentado Jovellanos cuando vino a visitar el machuco de mi familia. Entonces se trabaja aquí sin descanso, día y noche. Había turnos y los ferreros de la zona venían aquí a preparar las barras de hierro en el mazo para después elaborarlo en sus fraguas. Había mucha actividad, porque en la casa de al lado estaban las oficinas donde se hacían las cuentas, se reservaban los turnos...

No hay letreros que señalen hacia el estrecho camino de apenas cien metros que va desde la carretera al machuco, pero los turistas lo encuentran porque preguntando se llega a Roma o a Belmonte, que es tierra cargada de historia y con una larga nómina de personajes ilustres.

—Aquí se sentó Jovellanos y vio trabajar a los ferreros...

Ramón repite el nombre de tan ilustre visitante, porque no guarda la memoria del local otro de mayor relieve que el del más prestigioso hijo de la Ilustración, tal vez el asturiano más ilustre en muchos siglos.

Cuando los catalanes quisieron llevarlo, pieza a pieza

Entre los muchos curiosos y estudiosos que llegan al machuco de Belmonte ha habido algunos que cruzaron la puerta de Jovellanos con más larga intención que la de comprar una pieza de artesanía o de contemplar el espectáculo del porro cayendo acompasadamente sobre la barra de hierro, una y otra vez, hasta convertirlo en una lámina lista para su elaboración en el yunque de la fragua. Como aquellos catalanes que quisieron comprar toda la vieja «industria».

—Sí, sí, para llevarla pieza a pieza; piedra a piedra. No llegamos a hablar de dinero porque ya les dijimos de mano que no vendíamos. Varios días después de que se hubieran ido, nos llamaron por teléfono para reiterar su oferta, pero esta vez nos dijeron que fuéramos nosotros los que pusiéramos precio. Pero no quisimos. Querían llevar hasta las paredes, todo, para montarlo allá de nuevo tal como está aquí. Nos dijeron que si estuviera en Cataluña estaría mejor atendido, que en Asturias tenía que estar; que si estuviera en sus manos...

—¿Por qué no lo vendieron?

—Porque nosotros trabajamos en él y vivimos de este trabajo, como ya vivió mi padre, y mi abuelo... Además, ¿cómo van a llevarse una cosa que es de aquí y que estuvo de nuestra mano siempre?

Sonríe Ramón con sus ojillos hundidos en su cara huesuda, semiculta por la bisera de una gorra raída y engrasada que nunca se quita...

Una curiosa maquinaria

Está acostumbrado Ramón a los visitantes. Tiene la puerta abierta porque sabe que es la señal para los turistas que vienen a comprar las piezas y a conocer cómo



El agua llega al «camarau», que tapona la «mara». Desde el interior se mueve la vara que pone en movimiento el agua para accio



El peso del martillo cae sobre el hierro para aplanarlo.

funciona una maquinaria tan elemental, tan vieja y aún capaz de dar trabajo a cuatro manos, a dos hombres en los que se va a concluir una tradición artesana porque «un sobrino que tenemos y que vive en Grado dice que no le interesa trabajar en esto, porque lo que quiere es ganar un sueldo y aquí no tenemos ocupación para tantos».

Habla Ramón sin descanso mientras, sin descanso también, tira de la cadena que obliga al fuelle a soplar para que el fuego ponga al hierro al rojo, listo para moldear la pieza; o da forma sobre el yunque al guindón para

cazar raposos, al candil de aceite, o a la reja del arado romano, «que aún se venden muchas»; o las trébedes que apenas sirven ya para otra cosa que de adorno. Y de cuando en cuando deja el yunque o el fuelle para accionar la palanca que levanta la maza, que es el tapón que cierra el paso al agua que cae sobre la rueda de palas para poner en marcha el mazo...

—El depósito de agua se llama el «camarau» y cae desde tres o cuatro metros y pone en marcha el machuco. Cada pieza se trabaja en el mazo durante tres o cuatro

minutos, que es el tiempo que tarda, más o menos, en llevarse el «camarau» para seguir una y otra vez sobre el hierro hasta aplanarlo.

—¿Tiene algún dispositivo para regular el paso del agua más o menos rápido, de acuerdo con lo que exija cada pieza?

—Controlamos que el machuco dé más o menos golpes regulando la caída del agua con la vara que levanta la maza. Graduamos de esa manera la rueda que acciona